



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 5.

JUEVES 31 DE MARZO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

NECESIDAD DE QUE LA EDUCACION ESTÉ BASADA EN EL PRINCIPIO RELIGIOSO. (Conclusion), por J. de Dios de la Rada y Delgado.—EL TIEMPO, por Augusto Jerez Perchet.—EL ESPÓRITO, cuento escrito en ruso, por Grégorowitch, traducido al castellano. (Continuacion).—¡TODO PERDIDO!, por Adrian Viudes Giron.—ORIGEN DEL CIGARRO, fábula, por Hartzenbusch.—UN TIPO, por F. Rovira Aguilar.—AMOR SIN ESPERANZA, por Manuel Seco y Shelly.—CAZA DEL CAIMAN, por J. de D.—EL CIEGO, por Manuel Guillen.—CANTARES, por Manuel Seco y Shelly.

NECESIDAD

DE QUE LA EDUCACION SOCIAL ESTÉ BASADA EN EL PRINCIPIO RELIGIOSO.

(CONCLUSION.)

¡Ay de los que perdieron el santo tesoro de las creencias religiosas! Su corazon convertido en un insondable vacío les niega esos puros goces del alma que tanto satisfacen á nuestro espíritu, á diferencia de los del cuerpo que hastian y emponzoñan la existencia ó acaban por embrutecer al individuo.

Vivimos en un siglo en que los intereses materiales parecen elevados á su mayor altura, en que el egoismo alza su negra bandera para pasearla despues por las ruinas de las modernas sociedades. Si los hombres de otros siglos guardaban bajo un exterior de barro un corazon de oro, hoy se guarda en la generalidad bajo un exterior de oro un corazon de barro.

No por esto sostenemos con algunos pesimistas, que la humanidad vá en su empeoramiento caminando hácia su estincion. ¡Lejos de nosotros tal pensamiento!... Principio tan desgarrador nos conduciria de escollo en escollo á deducir absurdas consecuencias que darian origen á desconsoladoras teorías, productos mas bien de una imaginacion exaltada que de una reflexiva razon.

Sin embargo, si solo imperasen los intere-

ses materiales, si olvidando los principios religiosos y rechazando toda creencia, alucinados únicamente con los progresos de la industria y de las artes, marchásemos enloquecidos tras los goces de los sentidos, llegaría un tiempo en que encerrada la sociedad por esos mismos adelantos, vendrian á ser inútiles, y faltos ya de objeto terminarian por destruirse, ó caería despues de pasar por una peligrosísima reaccion en el mas torpe fanatismo. Mientras mayor hubiese sido la altura á que se hubiese elevado, mas rápido y seguro seria el descenso, y entonces tendria que comenzar de nuevo la humanidad su obra de regeneracion, volviendo á pasar por el largo periodo de una penosa infancia.

Admitase por el contrario el principio de que á la educacion sirvan de base las creencias, con la fecunda guia de la moralidad y del amor al bien, y quién sabe si en la marcha progresiva de los siglos llegue á resolverse algun dia en lo humano el llamado problema de nuestra perfectibilidad.

No puede, pues, ponerse en duda que en el hombre debe inocularse ese principio religioso, y ¿cuándo mas oportuna ocasion que al comenzar en su infancia el desarrollo de su inteligencia? ¿Pero dónde deberá darse esta clase de instruccion? No vacilaremos en responder que en los mismos establecimientos encargados de la educacion pública. Si es una verdad innegable que todo hombre debe tener cierta instruccion intelectual que le haga conocedor de sus derechos políticos, y si lo que se quiere hacer por medio de aquellos es que sepan apreciar en su verdadero valor los individuos de un pueblo, sus derechos sociales, ¿con cuánta mas razon no deberá instruírseles de los morales? ¿Con cuánto mas fundamento no deberá inculcárseles el principio religioso, único que como ya hemos dicho, es el cimiento de toda sociedad organizada?

Algunos pretenden separar la instruccion pública de la religiosa, dejando ésta solo al cuidado de los padres. No es este el lugar

oportuno para un debate; pero, sin embargo, no podemos pasar desapercibidas estas ideas.

Los padres, y principalmente las madres, puede en verdad decirse que son las primeras que arrojan al corazon de los niños la vivificante semilla de la religion; ellas son las que despiertan por primera vez en el dormido corazon de sus hijos los sentimientos de las acciones virtuosas ó culpables; ellas, las que hacen nacer primeramente en nuestro espíritu las ideas de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto. Pero este germen de enseñanza religiosa, puesto por la misteriosa mano de la Providencia en la cuna de las sociedades, ¿es suficiente para que el Estado duerma tranquilo sin ocuparse lo mas mínimo de la educacion religiosa de los asociados?... ¡Grande error!

¿Acaso todas las madres están dotadas de la suficiente capacidad para dar la instruccion que nos ocupa? ¿No hay infinitos casos de orfandad? ¿Será suficiente por otra parte en todos ellos la educacion religiosa dada por los padres?... Todos estos son inconvenientes é inconvenientes graves, de trascendencia, que constituyen á un Estado en el deber de no confiarla solo á la autoridad de los padres y si, por el contrario, hacer que forme parte, que sea la base esencial de la instruccion pública.

Y si bajo cualquier aspecto que la cuestion se examine, la instruccion de los pueblos debe estar basada en el principio religioso, ¿cuál debe ser el que se desarrolle en nuestra patria?

Su historia y la índole de sus naturales contesta por nosotros. Si lo santo é invariable del dogma católico, si sus principios de union, de fraternidad y de amor, si la pura moral evangélica no lo hiciesen aun, sin tener en cuenta su divino origen, el que puede mejor que ningun otro labrar la felicidad de los Estados, todavía debiéramos conservarlo en España por las circunstancias especiales de sus moradores. Si segun la feliz espresion del señor Col-

meiro, ningún principio como el cristiano realiza la unidad de los hombres en Dios, de los pueblos en el espacio, de las generaciones en el tiempo, de las almas en la eternidad, en nuestro país ese principio tiene todavía su entera aplicación, porque afortunadamente se halla tan desarrollado en la generalidad, que no concibe otra religión posible.

La religión cristiana sirviendo de base á la educación del pueblo en nuestra patria, produce por lo tanto mas beneficiosos resultados que en cualquier otro país, beneficiosos resultados que habremos de observar en todos los terrenos, ya penetremos en el santuario del hogar doméstico, ya en el sangriento campo de la política. El amor de los padres á los hijos y de éstos á los autores de sus días, el de la tierna esposa por el amante esposo, el del respeto mutuo de las familias, traen el orden entre ellas y por consecuencia el de la sociedad que componen, y todos los actos que emanan de ese mismo amor y de ese mismo respeto, no llevarán el sello de la vanidad ó del cálculo sujeto á mil trasformaciones, sino el uniforme é inalterable de la virtud. En el campo de la política no son menos beneficiosos los resultados: educado el pueblo en la fe cristiana, bien podrá, según el autor citado, sustituir un principio de gobierno por otro; pero el eje moral será eterno, inmutable y jamás se verán los gobiernos aislados en medio del movimiento universal, fija la vista en lo que fue, apoyándose obstinadamente en creencias muertas y al fin sepultados bajo las ruinas de lo pasado.

Desengañémonos: la instrucción basada en el principio religioso-cristiano, es hoy mas que nunca el principio seguro de la felicidad de los pueblos; hoy que la industria reemplaza á la antigua aristocracia de sangre, hoy que á discusión se hallan puestos multitud de principios respetados hasta el día, hoy que la ciencia agita sin cesar su antorcha luminosa, es necesario mas que nunca que la educación religiosa establezca sus máximas de igualdad bien entendida, decida los difíciles problemas sometidos á la discusión y haga fecunda la llama de la ciencia. Esa instrucción es la única que puede darnos segura salida en el difícil paso, *inspirando á los ricos la beneficencia y el sacrificio, á los pobres la resignación y la esperanza y á todos el amor á sus semejantes y el respeto á la propiedad.*

No olvidemos que somos quizá los mas fieles depositarios de ese principio religioso, encerrado en las divinas máximas del cristianismo, que tiene su origen en la divina epopeya, que comenzada en las puertas de Jerusalén, halló un desenlace en la cima del Gólgota, montaña santificada por la muerte del Hijo de Dios, donde tras una tosca cruz de madera, se elevó radiante entre el estruendo de la naturaleza, símbolo de la destrucción del viejo mundo, el sol esplendoroso de la redención.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

EL TIEMPO.

¿Qué es el tiempo? ¿Quién no ha pensado alguna vez en esta pregunta? ¿Quién no ha pensado en responderla?

Examinemos cuanto nos rodea; todo es obra suya. Sin él la vida sería imposible.

El tiempo es la base del Ser. Suprimidlo, y hallaréis la nada.

El tiempo es, *lo que ha sido, lo que es, y lo que será.* La armonía, el germen de lo creado.

Por la mañana el cielo se viste de claridad: su manto azul aparece rojizo á los primeros tintes de la aurora. El sol brilla; sus reflejos se derraman por la tierra.

Llega la tarde; el sol se oculta. Tinieblas en el espacio. Es la hora del crepúsculo, mezcla de luz y sombra.

La noche cae; oscuridad por todos lados. Nuevos reflejos en el horizonte; estrellas de plata, y un astro no de fuego como el que nos

alumbraba por el día, sino de tintas pálidas y suaves.

Pasó el tiempo.

A la mañana arreboles; un poco mas tarde torrentes de luz; vida y fuego; colores y armonía.

Mas tarde, tinieblas.

Seguid adelante; oscuridad completa.

Avanzad; nuevos colores, nueva vida, nueva luz. Pero ¿qué diferencia! La primera luz era el alma, el encanto, la energía del mundo. La segunda el misterio, el silencio, el reposo.

De día flores, cantos, aves, bullicio, movimiento. De noche soledad, tristeza, fantasía. El tiempo ha hecho esta transformación.

El campo es alegre por la mañana, melancólico por la tarde, lúgubre por la noche.

En las primeras horas está el bosque lleno de pájaros cantores que recrean los oídos. Penetrad en él y vuestro pensamiento soñará con todo lo hermoso y puro que hay en la tierra.

Llegad por la tarde. La brisa arranca á la espesura rumores vagos impregnados en dulcísimo amor. Suspirais... os encanta el perfume de misterio que os rodea.

Es de noche. Ved el bosque. Se halla poblado de espíritus fantásticos que os sorprenden y aterran. Cada árbol es una sombra; cada hoja que cae, cada reptil que mueve la yerba; cada sonido de la brisa es un lamento. ¿Qué veis? Quizá un sueño...

Una inquietud inexplicable se apodera del ánimo. Aquella soledad espanta; aquella lobreguez hiela la sangre. El estremecimiento nocturno de la espesura, hace temblar. Cerramos los ojos por no ver las visiones que se levantan del fondo de oscuridad que nos rodea, y un vértigo oprime el pensamiento.

El tiempo cubre los campos de flores durante la primavera; de espigas en el estío; de nieves en el invierno.

Hoy nos muestra el horizonte sereno, limpio, trasparente como la mirada de la inocencia. Mañana lo viste de gasas tenebrosas que envuelven en sus redes la luz del sol, como la araña envuelve á la mosca en su tela.

Ya hace derramar llanto copioso á las nubes. Ya las arrastra á impulsos de un viento rápido, que parece gozar en verlas huir y arremolinarse, cual si quisieran oponer juntas su resistencia al soplo atrevido que las agita.

Por la mañana disipa las brumas que duermen en las llanuras, en las colinas, en los montes. Por la noche vierte perlas en las hojas de los árboles, en la corola de las flores, en el seno de la yerba.

En la primavera nos trae bandadas de ruiseñores, que entonan sus serenatas en el silencio de la noche. En el verano, golondrinas que viven en nuestros mismos techos. En el otoño, grullas y cigüeñas. En el invierno, palomas y perdices.

Ya pliega las olas del mar como el labio al sonreír. Ya las arrastra contra las rocas y la arena.

Ayer jugábais con una niña que era vuestra compañera de infancia. Hoy, la niña es mujer. No la tuteáis. No jugáis juntos. Un abismo se opone entre ambos. La edad, ó mas claro, el tiempo.

Os acostais joven, y al despertar os encontráis la primera cana en la cabeza. ¡Ayer joven! Desde ayer ha nacido la primera cana. El sueño de una noche verifica la reforma. El tiempo os ha variado.

Un amante confiesa su pasión á la mujer que ama, y es despreciado. Se turba, se desespera, no sabe qué hacer. Piensa, estudia, no encuentra medios de ablandar aquel corazón. De repente, un rayo de alegría brilla en sus ojos. — ¡Tengo esperanza! — dice. O lo que es igual. — El tiempo vendrá en mi auxilio. —

Un condenado á la última pena marcha al suplicio. A cada paso que avanza hácia la muerte, vuelve su vista ansiosa. Aguarda el indulto. Por eso murmura: — ¡Aun es tiempo! —

Un desgraciado es acometido de un acci-

dente. Un médico acierta á pasar en aquel momento por el lugar de la catástrofe. Ese médico, *llegó á tiempo.*

Nada mas caro que el tiempo. Nada tampoco mas barato. Parecerá un contra-sentido, pero no es en verdad. Nada cuesta tanto como él, y sin embargo, se desperdicia lastimosamente.

El hombre que con impaciencia pasea por la calle, ante una casa muda y silenciosa esperando divisar al objeto de su amor, está *haciendo tiempo* según cree; pero reflexionad un poco y me respondereis: — Está *perdiendo tiempo.* —

Aplicado este raciocinio á una inmensa turba que ocupa las calles, las esquinas y las plazas, á la sombra en el verano, al sol en el invierno, y cuya única ocupación es *matar el tiempo*, comprendereis, aunque de una manera imperfecta, la cantidad de tiempo que cada individuo desperdicia en su vida; y digo *cada individuo*, porque ¿quién no desperdicia algunas horas durante el día?

Si el hombre pensara con detención sobre el valor del tiempo, no sería de fiyo tan pródigo de él como acostumbra á serlo.

Al tiempo confiamos nuestros sueños, nuestras penas, nuestros goces, todo.

Compañero inseparable, nos sigue en la jornada de la vida. Padre amoroso, nos consuela si estamos tristes; participa de nuestras alegrías si estamos alegres.

Sabio prudente, nos aconseja, repara nuestros extravíos, enjuga nuestro llanto.

Es el mejor amigo y el mas temible enemigo.

El, por la noche, da á la mujer esa ficticia hermosura que sorprende en el baile, en el teatro, en sociedad. Máscara quimérica, parece realzar los hechizos de aquellas bellezas que admiramos entre las luces y las galas. Pero al fin se cansa de la mentira que oculta, y al resplandor del día que nace, encontráis marchitos los semblantes que fueron vuestro encanto en el misterio de la noche.

A la claridad del día dispensa la mas leve falta. Todo lo hace notar con horrible impertinencia.

El descubre la primera arruga en el rostro. El denuncia la calva que empieza á blanquear en la cabeza.

No hay secreto que guarde, ni crimen que no revele.

Parece que se complace en destruir los castillos ilusorios que forja la imaginación.

Es el placer y el tormento. La esperanza y el desengaño. La vida y la muerte.

Hoy el alma es feliz. Sus aspiraciones se reducen á un dulce ó á un juguete. Ama á la madre, al hermano. Sueña con las flores, el cielo, el campo, las aves. Somos niños.

Después sueña grandezas, glorias. Ama, no los encantos de la naturaleza; ese amor no satisface sus deseos. Busca la amistad, el amor de una mujer. Somos hombres.

Después suspira por una familia. Anhela el amor de una esposa, de un hijo.

Llega una época en que ama los recuerdos. Sus aspiraciones se encuentran mas allá del sepulcro. Somos ancianos.

Hoy mariposa, flor, perfume, inocencia. Mañana hombres.

Ese es el tiempo.

¡El tiempo! Implacable fantasma que grita: — ¡Adelante! — Que nos impulsa veloz á la cumbre de la vida. Que nos arrastra rápido al fondo de la muerte.

Soñamos con un *mañana*: nos parece que no vá á llegar, según la impaciencia con que lo esperamos. Llega y pasa. — ¡Lo que es el tiempo! — decimos entonces.

Una esperanza, una ilusión, un deseo, se anhelan, vienen y huyen. Y ¿qué dejan tras de sí? Un rastro impalpable. Un recuerdo y una exclamación.

— ¡Lo que es EL TIEMPO! —

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

EL ESPÓSITO.

CUENTO ESCRITO EN RUSO POR GREGOROWITCH.

(TRADUCIDO DIRECTAMENTE AL CASTELLANO).

(CONTINUACION.)

A pesar de todo, aunque Jasha era extraordinariamente pobre, era al mismo tiempo de la mayor honradez; una prueba de ello es que un año antes de la época á que nos referimos se encontró en la calle un libro de memorias que contenía dinero; ¿pero qué hizo Jasha? se fué derecho á la oficina de policía y lo anunció en los periódicos hasta que lo reclamó su dueño legítimo.

La compañía de que Jasha formaba parte, tenía la costumbre de dar toda clase de espectáculos gimnásticos y pantomímicos, incluso una serie de cuadros vivos; en estos cuadros vivos tomaban parte mujeres vivas. Ahora bien: Jasha era también un hombre vivo; el corazón humano no es de piedra y... para abreviar diremos que Jasha se enamoró. El asunto era sumamente sencillo, porque desde luego ninguna mujer podía haber tenido ningún proyecto de interés en ganar el cariño de Jasha. Las declaraciones se verificaron al empezar una pantomima, y antes de que ésta concluyera se había decidido una unión matrimonial. No había mucha dificultad en obtener el consentimiento de los parientes, porque el padre de la joven se hallaba presente en el tablado, donde tocaba el clarinete para la orquesta.

Jasha se casó por amor, y en lo que concernía á sus asuntos matrimoniales fue muy feliz; la mejor prueba de esto es que no se pasaba un año sin que su mujer le presentara un hijo; hubo uno, sin embargo, en que le presentó dos. Masha, este era el nombre de la mujer del acróbata, no tenía tiempo para criar á un hijo, porque en seguida venía otro. Es evidente que en tales circunstancias la era imposible aparecer en los cuadros vivos. En conformidad con esto, no queriendo Jasha separarse de su mujer; ideó el medio siguiente. Compró un organillo y un pedazo de alfombra vieja, y se fué visitando los patios de las casas con su mujer y su suegro. Masha tocaba el organillo, el suegro le acompañaba con el clarinete, y mientras tanto Jasha daba saltos mortales sobre la alfombra vieja, con lo cual todo iba tan bien como se podía desear. A la verdad en este período eran bastante dichosos, y cuando los hijos, los cuales eran en número de cuatro, crecieron, tomaron también parte en la representación. Una niña de unos cuatro años de edad bailaba al estilo ruso en los entre actos, y un muchacho de seis, el mismo que hemos visto en la calle, trepaba por encima de su padre que lo balanceaba sobre la parte superior de su cabeza.

Pero la fortuna es inconstante; un paso, una caída desgraciada y todo quedó convertido en polvo. Una nebulosa mañana de otoño Jasha se rompió un pie. Este incidente tuvo lugar unos tres meses antes de la época en que empieza nuestra historia, y cuando Jasha volvió del hospital halló á su familia en la miseria mas completa. Su mujer estaba enferma en la cama y la familia entera estaba mantenida por el abuelo que ganaba algunos kopekes tocando el clarinete debajo de las ventanas. Fácilmente se conocerá que este medio de subsistencia no era apenas suficiente y hacia imposible que las cosas pudieran continuar así; Jasha tenía que adoptar una nueva carrera, porque continuar siendo acróbata con una pierna coja, era materia en que no se debía pensar.

La fortuna favoreció de nuevo á Jasha, el cual se hizo amigo del propietario de un baño que á la sazón necesitaba un hombre para sacar agua; pero esta necesidad pasó poco tiempo después, y los negocios de Jasha volvieron á estar peor que nunca. El nacimiento de otro hijo, completó sus apuros, porque en dos días el recién nacido acabó con el dinero que Jasha había separado para pagar el alquiler de su

casa. Hallándose en una posición desesperada el desgraciado acróbata, no encontró mejor medio que pedir un adelanto á su amigo el propietario del baño, á cuenta de los servicios futuros que pudiera hacerle; pero el propietario tenía también que pagar su alquiler, y Jasha volvió de su infructuosa expedición acompañado de su hijo, cuando los encontramos en la calle temblando de frío.

Habiendo visto cómo sufría Jasha por el frío, el lector puede muy bien imaginarse cuánto sentiría la falta de su bufanda de lana, que era la única cosa de verdadero abrigo que llevaba sobre sí, no quedándole después mas que su paletot, y su gorra. Habiendo tratado de resguardarse del frío, se levantó el cuello de su paletot; pero ¡gran Dios! ¡qué cuello sin un vestigio siquiera de forro! y continuó su camino dando saltos como los que da el garbanzo en la vasija en que le tuestan. El viento hacia un sonido semejante á los aullidos de un perro hambriento, y como un perro también mordía las pantorrillas de todos aquellos cuyas piernas estaban protegidas únicamente por botas y pantalones tan estropeados como los de Jasha Giletnikoff.

Finalmente Jasha había abandonado sus piernas á la suerte y se ocupaba exclusivamente de sus manos. Recurrió al conocido expediente; metió su mano derecha en el pecho para calentarla, después de lo cual la volvió á sacar poniendo en su sitio la izquierda; gracias á este simple procedimiento cada mano obtuvo la parte suficiente de calor.

Entre tanto el muchacho continuaba dando saltos á lo largo del camino, mientras que á cada ráfaga de viento se acercaba mas á su padre apretándose su propio cuerpo con los codos y dando gritos como si le clavaran agujas en todo él. Jasha entonces sacaba apresuradamente de su pecho la mano que había estado calentando en él y la pasaba por el rostro y el cuello del muchacho.

—Yo te decía lo que iba á suceder, murmuraba el padre entre dientes, pero sin dar la mas pequeña muestra de cólera ni de impaciencia; te decía que iba á hacer mucho frío, pero te obstinastes en venir y ahora no hay mas remedio.—No, padre, yo no temo de ningún modo el frío, continuaba Jasha imitando al muchacho, mientras que al mismo tiempo se detenía y se volvía de espaldas al viento para resguardarse de él.—Esto es lo que has ganado por no temer al frío. ¡Ah! este viento mata como un cuchillo infernal, continuaba diciendo Jasha, levantándose el cuello de su paletot y apretando el paso.

Con el corazón oprimido de dolor y con los pies completamente helados Jasha había llegado casi á su morada cuando de repente oyó los sonidos de un clarinete en la calle próxima.

—Es el abuelo, dijo el muchacho deteniéndose; y al mismo tiempo resonaron en el aire las notas de la balada rusa de Luchinushka, adornadas con variaciones fantásticas. Las notas mas bajas eran las de Luchinushka, pero las mas altas que formaban una especie de acompañamiento, decían del modo mas claro posible: ¡tengo frío, tengo frío!

—Padre, ¡aquí está el abuelo! repetía el muchacho con tanta alegría como si el recuerdo de aquel hubiera sido bastante para calentarle del todo. A la luz del farol de la calle se pudo ver á un anciano de pequeña estatura que estaba de pie sobre la acera, frente á una ventana y cambiando constantemente de postura conforme tocaba el clarinete. Las cortinas de la ventana estaban corridas, pero al través de ellas se veía una gran luz en la habitación, y el anciano al ejecutar el paso mas difícil esperaba ver abrir la ventana y caer á sus pies una pieza de 10 kopekes envuelta en un papel; pero aunque de vez en cuando pasaban sombras por las cortinas, al fin desaparecieron del todo y el clarinete sonó mas bajo que nunca, repitiendo: ¡tengo frío, tengo frío!

—Abuelo, abuelo, ¿sois vos? gritó el muchacho.

Se oyó el sonido de una nota no concluida, y el anciano dió una vuelta; apenas había tenido tiempo de bajar el clarinete ante su nieto que se había ocultado debajo de los faldones de su largo paletot de paño de frisa.

—¿Qué muchacho tan terrible! casi me ha roto los pies, dijo el anciano bajándose para que su nieto pudiera envolverse mejor en los faldones de su paletot. Y bien, Jasha, añadió dirigiéndose á su hijo, ¿qué has ganado?

—Nada, padre, nada absolutamente, fue la triste respuesta de Jasha.

—¿Qué desgracia! ¿qué podremos hacer? dijo el anciano ahuecando los carrillos como tenía costumbre de hacer á cada instante, probablemente por su constante costumbre de tocar el clarinete. ¿Qué cosa tan terrible! Por mi parte creo que he tocado Luchinushka cuarenta veces sin sacar mas que 2 kopekes que he gastado en una vela, porque si no todos hubieran estado á oscuras. Tu desgraciado pie es el que ha hecho todo esto, Jasha.

—Ahora, ¿qué vamos á hacer? prosiguió el anciano conforme iban andando hacia su miserable morada. El casero me dijo muy claramente: si no me traeis dinero esta noche, mañana por la mañana no ha de quedar el menor vestigio vuestro en la casa. ¡Y pensar en la pobre Masha que está en la cama y el terrible frío que pasa!

El pobre Jasha no contestó ni una palabra; pero parecía que pedía á Dios que todos desapareciesen de la tierra.

—Si por lo menos tuviésemos un pedazo de pan, dijo el anciano.

Al oír la palabra «pan» el muchacho sacó la cabeza de debajo de los faldones del paletot de su abuelo.

—Sí, abuelo, sí, comprad algo de pan, os lo ruego, dijo.

—Tápate, porque de lo contrario te vas á helar, dijo el anciano músico apresuradamente. Luego, volviéndose á Jasha continuó en voz baja:

—Escúchame ahora. Desde esta mañana no he tomado un pedazo de pan del tamaño de una nuez, y en el mismo estado se hallan en casa. El niño pequeño necesita tomar la papilla, y no tenemos dinero para comprar ni una gota de leche; ¿qué se va á hacer?

—¿Qué? lo que yo os dije anoche, replicó Jasha con aire determinado.

—No, Jasha, no. ¿Qué estás diciendo?

—Me he acostumbrado á pensar en ello así, padre mio, continuó el pobre acróbata en tono resuelto, aunque su voz temblaba al mismo tiempo. Parecía no pensar mas en el frío, pues seguía andando con el cuello desabrochado y las manos espuestas al aire.

—¿Pero no es lo mismo, dijo el anciano, que muramos cinco que cuatro? ¡Ah! ¡es un estado terrible!

—Por lo menos se salvará uno de ellos, contestó Jasha. Dios será misericordioso con nosotros; el hombre que sabeis, es bueno, se llevará al niño y le tratará bien; todo el mundo lo dice; es conocido en todo el barrio por su bondad.

—En efecto, es bien cierto, murmuró el anciano. A veces he tocado el clarinete en el patio de su casa, y en vez de tenerme allí todo el día como hacen algunos, ¿qué dirás que hacia? Me echaba algunos kopekes diciendo: «andad, buen hombre; vale mas que sigais adelante, que no que os detengais aquí tocando.» ¡Ah! ¡es un verdadero caballero!

III.

UN CORAZON SIN FUEGO.

—¿Sois vos? dijo el casero cuando el músico y su hijo entraban en la casa. ¿Y dónde está el dinero por la habitación?

—No le tengais miedo, murmuró Jasha. Lo sentimos mucho, pero nos es completamente imposible dárosle, continuó dirigiéndose al propietario. No tenemos ningún dinero.

—¿Ningún dinero! ¿y os atreveis á decirse-



Metternich.

lo así á vuestro casero? exclamó el propietario indignado.

—Bueno; no le tenemos. Esto es todo lo que os podemos decir acerca de ello.

—¿Y os atreveis á decir tal cosa á vuestro casero? repetía éste.

—En cuanto al rublo que os debemos, dijo

Jasha, se os pagará y dejaremos el cuarto. pero no es necesario que nos deis gritos.

Esto era mas de lo que se podía esperar del acróbata medio helado, pero se dice que aun el hielo da fuego si se le frota con bastante fuerza.

El casero pareció quedar un momento como

paralizado; luego reponiéndose exclamó:—¡Oh! si eso es así, mejor haría yo en mandar llamar á la...

La palabra «policia» estaba en sus labios cuando se interpuso el anciano.

—¡Oh Basilio Afanasowitch! replicó; ¿cómo podeis pensar en semejante cosa en la víspera de año nuevo? ¡Y la pobre Masha que está en la cama casi muriéndose! Vos sabeis que si no hubiera sido por el accidente del pobre Jasha, hace mucho tiempo que estaríais ya pagado. Acordaos que mañana es año nuevo. Dios nos ayudará y mirará por nosotros.

—Está bien; pero entonces ¿por qué decís, «no tenemos dinero, no tenemos dinero?» Acordaos que estais hablando con vuestro casero, que tiene su casa propia y no con un cualquiera que habeis encontrado en la calle.

Precisamente en aquel momento apareció la alegre Ana Ivanowna, que era una inquilina de la misma casa; pero ¡qué inquilina! un modelo de todas las demás, y como tal respetada aun por el mismo Basilio Afanasowitch.

Su ocupacion consistía en hacer mitones y medias, y por su honrado trabajo habia realizado al fin 200 ó 300 rublos. Algunos la acusaban de orgullo, pero la verdad es que ella era únicamente muy susceptible, y este sentimiento se considerará como bastante natural cuando digamos que el difunto padre de Ana Ivanowna habia tenido una tienda de barbero en la calle de Wladimir. Una posicion semejante no es para burlarse de ella, y preciso es convenir en que se puede excusar el tener orgullo por un padre tal.

—Buenas noches, dijo Ana Ivanowna. ¡Ah! ¡qué cansada estoy!... apenas puedo respirar... yo venia por la calle... sentí alguien detrás... ¡pero qué hombre tan feo! ¡qué impertinente!... ¿cómo hay gentes que puedan proceder así? Pero ¿qué estabais diciendo?

—Ya lo veis, Ana Ivanowna; necesito que me paguen lo que me deben de alquiler.

—Y nosotros le pedíamos que esperase hasta que tuviésemos ocasion de pagarle, siquiera hasta mañana.

—Tened un poco de paciencia, Basilio Afanasowitch, dijo la buena Ana Ivanowna, y esperad. No perdereis vuestro dinero. Ya sabeis qué día es mañana, y Dios os recompensará vuestra buena accion dándoos felicidad todo el año. Empezad el año bien si quereis concluirle lo mismo. Así acostumbraba á decir mi pobre padre que tenia su propio capital y

TRAGES ANTIGUOS.



Hondero balear.



Guerrero fenicio.



Guerrero cartaginés.

una tienda de barbero en la calle de Wladimir. Me acuerdo que una víspera de año nuevo perdonó á sus deudores todo lo que le debían.

—Bien, entonces por amor vuestro esperaré un día, dijo Basilio con repugnancia; pero en realidad ¡son caracteres tan malos!

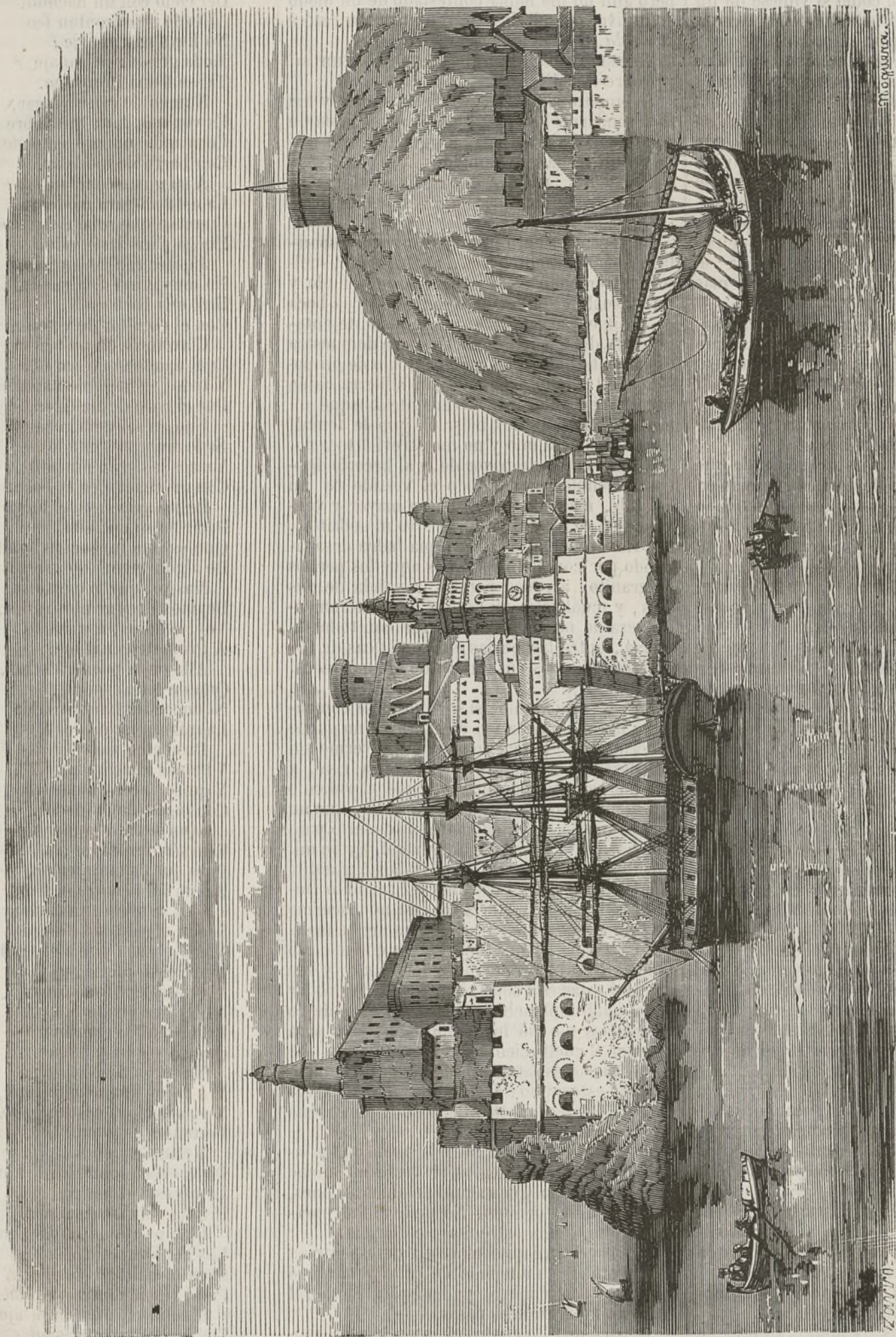
—No penseis nunca en eso, replicó Ana; habeis prometido esperar, y aunque solo sea por consideracion á mí, debeis hacerlo.

(Se continuará.)

METTERNICH.

El nombre de este célebre diplomático, es familiar á todo el mundo. Pocos son sin embargo los datos que podemos dar acerca de la existencia del que preveía y analizaba desde su gabinete las grandes luchas de Europa durante el imperio de Napoleon y mas tarde en la guerra de Italia. Durante ésta, y despues de la memorable derrota de Moscow, desplegó

toda la actividad de su poderosa inteligencia para organizar las últimas coaliciones con la Francia; fue el principal autor de los tratados de 1815, y continuó hasta su fallecimiento como intérprete del derecho público europeo, obra que casi en su totalidad le pertenecía; mas como la guerra de Italia fuese contraria á aquella, Metternich sucumbió, víctima acaso de las terribles emociones que experimentaba su espíritu, siempre poderoso, por contrares-



PANORAMA UNIVERSAL.—Vista de Gaeta, tomada desde el mar.

tar y combatir las luchas políticas que le habían de derrotar. Metternich murió á los ochenta y seis años de su edad, ó sea en 1859, sin que á pesar de su avanzada edad se hubiese debilitado su inteligencia con el trabajo continuado que llevaba. Metternich nació en Colblenza, (Alemania). Muy joven aun entró al servicio de Austria, cuya política sostuvo en todas las cuestiones que á principios del si-

glo XIX se suscitaron en Europa. Preparó la alianza de aquella nacion y Rusia contra Francia, y en 1806, despues de la paz que siguió á la batalla de Austerlitz, representó en París á su gobierno, preparando el rompimiento para la ocasion oportuna. Viendo crecer y desarrollarse la fortuna y fama de Napoleon en 1808 entabló el proyecto de unir al emperador con María Luisa. Tales son los ras-

gos mas notables de la vida política de Clemente, Wenceslao, Lotario, príncipe de Metternich.

¡TODO PERDIDO!

Paseábame yo una tarde por una frondosísima alameda muy cercana del establecimien-

to de baños termales de X, donde estaba de temporada, y andando solo, discurría no sé en qué, cuando oigo pasos acelerados que se dirigían hacia mí, y veo á mi amigo Agapito caer exánime en mis brazos. Difícil es formarse una idea de su horrorosa descompostura; las lágrimas caían cable á cable, que no á hilo á hilo de sus ojos, sus cabellos estaban mesados en forma de abrasadoras llamas, sus manos crispadas ensañándose en su propia ropa por evitar trabajo al tiempo y proporcionárselo al sastre, su cara toda como si viniese de un combate gatuno, su corbata tan elegantemente desaliñada, que le paraba el lazo un poco mas adelante de la nuca, aunque algo mas atrás de la oreja, sus pantalones enlodados completamente, y para que ya no hubiese duda de su desesperación, su prenda querida, la fibra casi mas vibrante de su corazón, como del de la mayor parte de los hombres, su altísimo sombrero de felpa negra, mostrándose en forma de quepis, montera ó cachucha, según por el lado que se le miraba: así cayó en mis brazos Agapito, y así conocí yo cuán profunda y grande debía ser su desgracia; él callaba y sollozaba cuando no sabía hacer mas que hablar sin descanso ni cuartel.

—¿Quién es ella? le pregunté en seguida, alguna ella debe haber de por medio, que siempre nuestras lágrimas en ellas tienen su fuente.

—¡Ella! dijo con acento moribundo, ¡ella! una mujer divina, ¡maldita planchadora! ¡maldito Dubost! y ¡malditos alfileres!

¡Oh! ¡oh! pensé entonces, conociendo que la cosa era mas seria de lo que había creído en un principio, este pobre muchacho prendado sin duda de alguna Mesalina, ha recibido un desengaño horrible que ha trastornado su razón...

—Vamos, Agapito, vamos, tranquilízate, descansa un poco, no es cosa de ahorcarse uno por una coqueta que le venda.

—¡Ahorcarse! ¡ahorcarse! eso es lo que yo debí hacer al notar los síntomas; entonces hubiese muerto con honra, no hubiese habido tiempo para la catástrofe y una dulce mirada suya me hubiese abierto el camino de los justos, pero ahora... todo acabó para mí, no puedo volverla á ver, el alma se me caería á los pies al hacerlo, ¡maldita rueda! y ¡maldita casualidad!

—¿Qué rueda, ni qué diablos? repara lo que dices, hombre, cuéntame lo que te pasa y tal vez encontremos un remedio á tu dolor.

—Remedio, no, no hay ninguno, todo sería inútil, ¡malditos alfileres! ¡maldito Dubost!

—¡Vuelta! ¿quieres decirme lo que te sucede? repara que estás diciendo locuras.

—¡Ay! no, por desgracia estoy en mi cabal juicio, no lo he soñado, no sueño ahora, todo ha sido cierto, todo ha terminado para mí, ya no puedo permanecer ni un instante en este pueblo, la mofa de todos caería sobre mi cabeza, ¡Dubost! ¡Dubost! ¡yo te maldigo!...

Y Agapito lloraba sin cesar, era imposible no creer que le había sucedido una gran desgracia, y sin embargo, sus interjecciones y sus votos eran tan extraños que casi me daban ganas de reír.

Por fin, después de algunos pasos en silencio, divisamos un asiento de piedra, cogíome trágicamente la mano y me llevó hacia él, donde los dos nos sentamos.

Enjugó aun sus ojos varias veces, y al terminar un gran suspiro, dijo:

—Ya estoy algo mas tranquilo, tú eres mi amigo y á tí puedo confiártelo todo.

Figúrate que desde que llegué aquí hace veinte días, puse mis ojos en Matilde ¡ay! ¡Matilde! ¡la muchacha mas linda que en mi vida he visto ni veré! yo nunca había amado y poco á poco la fuí queriendo con toda la fuerza de mi corazón.

¡No me importaba quién ella era! ¡ni de dónde venía! ¡ni por qué se bañaba!

—¿Y era acaso?...

—¡Ojalá! ¡entonces no vertiera yo este llan-

to! siempre me quedaba el recurso de ser un segundo *Alfredo*.

—Sigue.

—Matilde era alegre y vivaracha tanto como bonita, y mas bonita que ninguna, casi aceptaba mi cariño y yo era ¡tan feliz! ¡tan feliz! que me parecía imposible poderlo ser mas...

Salimos esta tarde varios bañistas á dar una vuelta por esas alamedas; yo iba al lado de Matilde y la declaré terminantemente mi amor; pero aun no me había contestado de un modo definitivo, cuando inventaron jugar un rato á la rueda.

Yo estaba contentísimo, esperaba un sí. ¡¡¡Pobre iluso!!!

Se empezó el juego, se echó la suerte y me tocó vendarme los ojos; sacaron en seguida un pañuelo de finísima batista y quedé transformado en un verdadero Cupido.

Pit, piiiit... nada, yo no podía acertar, y ya me iba acreditando de torpe á macha-martillo.

De repente siento una cosa que me espanta... no puedo contenerla... apchí, apchí, suelto un tremendo cuanto 'ecundo estornudo y un ¡Jesus! de horror pronunciado por la boca de Matilde que estaba en aquel instante enteramente debajo de mis narices, me demuestra claramente todo lo odioso y ridículo de mi posición. El cuello prendido con alfileres había saltado: en vano instintivamente busqué mi pañuelo en todos los bolsillos ¡no le tenía! el cendal no era mío y no me atreví á tocarlo. Entonces corro despavorido, y al hacerlo destrozé completamente todo el vestido de mi adorada, maltrato á una señora mayor y vengo á caer de bruces en un arroyo inmediato... Las risas crecían, la filantropía había desaparecido por completo de todos aquellos pechos de granito, arranco por fin la venda de mis ojos, y ¡cuál sería mi estado! que enteramente fuera de mí empecé á correr con toda mi fuerza, entre las burlas epigramáticas de todos, que aun están zumbando en mis oídos.

Ya ves, amigo mío, si soy digno de compasión; esa muchacha tan elegante ya no puede hacerme caso nunca; nadie podrá verme sin morderse los labios para contener la risa, y ella me ha repetido mil veces que el ridículo era lo que mas aversión le inspiraba, que un hombre caído en él, había dejado de serlo para siempre... ¡ya no puede quererme! ¡ay de mí! ¡maldito estornudo! ¡maldito Dubost! ¡maldita planchadora! ¡malditos alfileres! ¡maldito Dubost! sobre todo, que á mas de no hacerme las camisas como le encargué, no me ha mandado la media docena de pañuelos que me dijo tendría aquí al día siguiente de llegar, y me obliga á estar con solos siete y todos en poder de la maldita planchadora, que en pago de no traérmelos me dió los malditos alfileres para prender el cuello cien veces maldito.

¡Mi suerte es fatal! ¡mi dicha ha terminado por un estornudo! Esta tarde misma salgo para las Batuecas ó San Bernardo, ¡no puedo ya vivir en el mundo!

La risa me estaba á mí rebosando en los labios hacia mucho tiempo al ver á mi amigo en aquella facha y con aquellas lamentaciones, todo por un estornudo. No pude al fin reprimirla y solté una estrepitosa carcajada.

La cara de Agapito marcó la desesperación mas completa; motejéme de *cruel* y *bárbaro* amigo, y diciéndome ¡adios para siempre! huyó de mí á grandes pasos.

Ya hace de esto cuatro años y esta es la bendita hora en que no le he vuelto á ver: por eso me permito publicar esta anécdota que tal vez persuada de los inconvenientes de no llevar pañuelo, y de lo fácil que es perder la dicha soñada, por un estornudo fuera de tiempo, un cuello prendido con alfileres y una carrera con los ojos vendados.

ADRIAN VIJES GIRON.

ORÍGEN DEL CIGARRO.

FÁBULA.

Fuman el indio y el charro,
Gil Blas y el conde de Cabra,
Y no se dicen palabra
Del origen del cigarro.

Mujer, empero, y varon
Habrán en pintura visto
Un hombre que baja listo
Del cielo con un hachon.

No le representan feo
No lleva casi ropaje,
Moda griega: personaje
Tal se llama Prometeo.

Númen de clase vulgar,
Es voz que ganó renombre
Formando un proyecto de hombre
Con barro de modelar.

A su gusto concluida
La estatua para modelo,
Cuentan que robó del cielo
Fuego para darle vida.

Júpiter con tal motivo,
No muy grave á la verdad,
Hizo una barbaridad
Con el escultor de vivo.

Clavómele en un peñon
Cual á milano en pared,
Y todo ¡contemple usted!
Por el robo de un tizon.

Fijo en solitaria roca
Se le ve representado:
Ya nos le darán pintado
Con un cigarro en la boca.

De la imagen y del fuego
Decir no se necesita
Que es una invencion bonita
De algun ingenioso griego.

Mas yo, que lo cierto sé
De unos documentos raros,
Voy, señores, á trazaros
A Prometeo cual fue.

Allá en la primera edad,
Que de todo carecia,
Ni encender lumbre sabia
La infantil humanidad,

Prometeo vió caer
Y llamas alzar un rayo,
Y quiso hacer un ensayo
Con medio de tal poder.

«Quédese (dijo) por mío
Este sér devorador;
Pues que da tanto calor,
Bueno será contra el frío.

»Ya se aviva, ya desmaya,
Segun el palo que muerde:
Viene al seco y deja el verde:
Libre está que se me vaya.

»En este mismo lugar
Asilo haré vividero.»
Prometeo fue el primero
Que tuvo casa y hogar.

Vinieron á visitarle,
Y á todos les daba lumbre,
Y estableció la costumbre
De tener fuego y usarle.

Y entre aquellos Robinsones
De la época primitiva
La necesidad activa
Produjo mil invenciones.

Bien pronto, asando la caza,
Los confortó el olorcillo;
Pronto cocieron ladrillo,
Pan, yeso, cántaro y taza.

Chamuscábanse el pelaje
Los hombres en ocasiones,
Y á fuerza de quemazones
Labraban el maderaje.

Prometeo, que su ardiente
Hallazgo aplicaba á todo,
Trató de inventar el modo
De llevarlo fácilmente.

Una vez, pues, arrolló,
Ni muy fuertes ni muy flojas,
Mojándolas, unas hojas,
Y secas, las encendió.

Chupó el rollo sin desden,

Y dijo para su saco :
«Esta planta (era tabaco)
Sabe mal ; pero arde bien.
»Cómico arbitrio y seguro
Me da para mi deseo.»

Cate usted á Prometeo
Tan jaque fumando puro.
Dió el invento á conocer,
Y lo adoptó el municipio :

El cigarro en su principio
Fue mecha para encender.
Sustituto él de la hoguera
Con su brasa no costosa ,
Toda mujer hacendosa
Tuvo que ser cigarrera.

Como el fuego , al caminar,
Para todo era la base ,
Porque lumbre no faltase ,
No cesaban de fumar.

Chupado con ceño adusto
El cigarro primerizo ,
Por fin el hábito hizo
Paladearlo con gusto.

En esta disposicion ,
El dar en un pedernal
Un golpe fuerte casual
Dió pedernal y eslabon.

Y la llama gigantesca
Del rayo en árbol copudo ,
Cualquiera formarla pudo
Con dos cantos y con yesca.

Debió el cigarro ceder
Al método nuevo : ¡ca!
Sin ser necesario ya ,
Era costumbre y placer.

Y llevado en compañía
Del guijarro chispeador,
Con el nuevo encendedor
El antiguo se encendia.

Y hoy, desde el suelo andaluz
A los campos de Guajaca ,
Los hombres de la petaca
Son hombres de chispa y luz.

Digan sabios eminentes
Que tienen ciertos regalos
Y usos , que parecen malos ,
Muy buenos antecedentes ;

Yo diré solo (y resumo)
Que es ésta , según la leo ,
La historia de Prometeo ,
Padre del tabaco de humo ,

Varon famoso , del cual ,
Suban los puros ó bajen ,
Debe tener una imagen
Cada estanco nacional.

Sépase del Nilo al Darro ,
Del Plata y Obi al Mondego ,
Que al propagador del fuego
Se debe el primer cigarro.

HARTZENBUSCH.

UN TIPO.

I.

Juan es un joven de veintitres años .
Baila, monta , fuma ricos Lóndres , toma
café en el Suizo , juega al tresillo en el casino ,
y en el Real reniega de la Patti y de sus
admiradores.

Juan es un joven de provecho .
Vota , jura , reniega de Dios y de los reyes ,
y su vida es una bienaventuranza completa.

Tiene 6,000 duros de renta , toma á préstamo
60,000 anualmente , y su fortuna de un
dia á otro será de los usureros que hoy le ha-
lagan , y le ofrecen el dinero de sus arcas . Pero
Juan espera en el porvenir , y la esperanza sal-
va á los hombres de corazon y de provecho.

II.

Los cambios ministeriales han inspirado á
Juan la idea de hacerse político.

¿Pensais que vá á aliarse á algunos de los
partidos existentes?

Nada de eso , Juan quiere dar á conocer su
talento , desea que se hable mucho de él y por

lo tanto ambiciona el puesto de jefe , que le
conceden los parásitos que le rodean.

Demócrata sin ninguna idea liberal , vende
proteccion para el dia que incendiados los pa-
lacios , arruinados los ricos y anonadados los
grandes , sea presidente de República.

Pero Juan , que para las figuras de primer
orden en las naciones , (que en su sistema no
caben mas de una) quiere distincion y pree-
minencias , arrastrándose por las anteceras de
los ministerios ha conseguido una cruz que
siempre lleva en el ojal del levita.

III.

La fortuna de Juan se ha reducido de dia
en dia , gracias al excesivo interés á que le
prestaban el dinero sus amigos y á los dispen-
diosos gastos que ha tenido que hacer para
mantenerse en la posicion de jefe del partido
nuevo.

Sus amigos le abandonan , él jura y vota
mas cada dia y espera en el porvenir , porque
la esperanza es el mayor tesoro de los hombres
de corazon y el corazon de Juan es muy
grande.

IV.

La hija de la marquesa de V. se ha enamo-
rado de Juan , no porque este sea capaz de
inspirar una pasion porque no tiene cualida-
des para ello , sino porque las mujeres se ena-
moran de cualquier cosa.

Juan sigue votando y jurando , aun reniega
de Dios ; pero ya rinde culto á los reyes , porque
la hija de la marquesa de V. está en palacio y
le ha ofrecido á Juan la llave de gentil-hombre.

V.

.....

VI.

En el lugar que ocupan los anteriores pun-
tos suspensivos , está contenido la historia de
Juan desde el dia de su casamiento , porque
Juan logró unirse á la hija de la marquesa
de V. , y los episodios de su vida no pueden
relatarse sin que se enciendan de rubor las
mejillas de las jóvenes y ardan de ira los pe-
chos de los hombres honrados.

Pero Juan es un hombre de provecho , por-
que el dinero de su esposa que le sirve para
alimentar sus vicios le ha facilitado un breve
de inmunidad , gracias al cual le respetan
cuantos le conocen.

F. ROVIRA AGUILAR.

AMOR SIN ESPERANZA.

¿Por qué el poeta
triste llorando
pasa las noches
en soledad?
¿Por qué su vida
va deslizándose
sin tener nunca
tranquilidad?

¿Por qué no busca
tiernos amores?
¿Por qué no vuela
tras el placer?
¿Por qué no calma
tantos dolores
entre los brazos
de una mujer?

¿Por qué enmudece
su dulce lira?
¿Por qué no entona
cantos de amor?
¿Ninguna bella
su mente inspira?
¿Nació tan solo
para el dolor?

¿Por qué entre flores
aislado vive
pensando solo
ser infeliz?
¿Por qué en el mundo
no goza amores
que las hermosas
brindan allí?

Triste el poeta
vive llorando
por los desprecios
de una mujer ;
y así su vida
se va acabando ,
para él no hay goces ,
dicha y placer.

Castos amores
sin esperanza
sus ilusiones
únicas son ;
jamás espera
dicha y bonanza
que ya no alienta
su corazon.

¿Por eso triste
vive entre flores
sus esperanzas
marchitas ya ,
y no encontrando
mas que dolores
busca en el mundo
la soledad!

MANUEL SECO Y SHELLEY.

CAZA DEL CAIMAN.

Se aprovecha el hombre , para dar muerte á
este animal , de su propia ligereza ó de la del
cáballo que monta . El caiman tiene su cuerpo
organizado de tal manera , que no puede vol-
ver la cabeza ni encorvar la parte anterior del
cuerpo , así es que describe un semicírculo
cada vez que necesita tomar la direccion con-
traria en su marcha . Ágiles en el agua , pero
muy pesados andando por tierra , se les persi-
gue con facilidad . Algunos viajeros han exa-
gerado mucho el arrojo y ferocidad de estos
animales , y es inexacto : el menor ruido les
asusta , y si algunas veces atacan al hombre lo
hacen porque se ven sumamente acosados , ó
porque les aprieta el hambre.

Otro medio de que los indígenas de los pa-
ises en que se crían los caimanes usan para co-
gerles , es admirable por el valor que exige en
la persona que lo ejecute . Toman un palo que
termina en dos afiladas puntas y se dirigen á
los cañaverales , en donde suelen encontrarse
los animales de que hablamos . Acosado el cai-
man ataca al hombre , que se libra de sus for-
midables mandíbulas , cambiando instantánea-
mente la direccion de su marcha ; cuando el
cazador cree llegado el momento oportuno para
sujetar al poderoso reptil , estiendo su brazo
en cuya mano lleva el palo ; el caiman se lanza
con su enorme boca abierta , y al querer ase-
gurar á su enemigo , se queda desarmado por
el palo que se le atraviesa al paladar y la len-
gua , sirviendo de palanca que le impide usar
de la boca.

El grabado que publicamos representa la
lucha de un viajero , sorprendido por un ham-
briento caiman : conocedor de la poca agilidad
del reptil , burla al corpulento animal con sus
continuas evoluciones , dándole por fin la
muerte á fuerza de terribles garrotazos descar-
gados sobre su cabeza.

Los caimanes , los cocodrilos y demás in-
dividuos de esta tribu , ofrecen un curioso es-
tudio por sus costumbres raras y general-
mente desconocidas . Mas adelante volveremos
á tratar de ellos con detencion.

J. DE D.



Caza del Caiman.

EL CIEGO.

Sus pupilas se secaron...
ya no le resta consuelo;
ni mirar puede ya al cielo
ni los campos contemplar...
Mas que todos desgraciado,
sumido en dolor profundo...
¡qué le queda en este mundo,
si no gemir y rezar!...

Eduardo Guillen y Fernandez.

I.

Tropezando con paso vacilante, y suplicando á la humanidad le tienda su caritativa y apiadada mano para que le dirija al sepulcro, atraviesa el oscuro y triste camino de su vida el ser mas desgraciado de toda la creacion. Allí concluyen las penas del infortunado *ciego*, allí su desconsolado penar. Sumido en las tinieblas de una eterna oscuridad, y sin poder gozar de lo que la Providencia creara para todos ¿qué le importa que haya mundo, ni qué valor tiene para él la vida?... ¡La vida! tormento insuperable, agonía desconsoladora y sin esperanza, que le dura desde que su triste madre le arroja al mundo, hasta que Dios, compadecido, le llama para sí...

Este desdichado canto que la sociedad arroja al tropezar, verdadero caminante extraviado en el sendero de la felicidad, que á otros mas afortunados les es dado disfrutar en sus plácidos descansos, no le fue concedido en su desdicha lo que Dios no negara al mas humilde de los seres... ¡La vista!... Sin ella no puede comprender la hermosura de las flores, la inmensidad del Océano, el azul trasparente del estrellado cielo, ni la belleza encantadora de la celestial mujer... Sabe por su piadosa madre que hay un Dios que debemos adorar, y al quererle enviar la plegaria que le enseñara en su niñez, levanta instintivamente la cabeza, abre sus turbias pupilas, y tiene el horrible desconsuelo de no ver el sitio sacrosanto tras de donde mas principalmente le creemos encontrar; perdida instantáneamente ilusion tan consoladora, baja la cabeza y recita su oracion mezclada con ardientes lágrimas... las lágrimas de la resignacion...

Y sin embargo, aun en tan horrible desgracia se pueden encontrar tristes motivos de distinta infelicidad. El *ciego* que lo fue al nacer, no ha visto, no ha contemplado, no ha gozado lo que el mundo puede ofrecer de mas bello, ¡as dichas que nos pueda conceder... Pero, ¿y

el que ha visto, ha contemplado y ha gozado, no será mucho mas horrorosa para él la existencia? ¿no será mucho mas su desconsuelo, su triste penar?... Para este desdichado no existe la esperanza, la caridad se ve en el triste caso de implorarla, y solo le queda la fe... la fe, que detiene con su aliento y con afan temeroso de que se le escape de su afligido corazon, cansada de habitar en una morada donde la desesperacion llama continuamente á su combatida puerta... La fe, que sin ella hubiera hecho pedazos su inútil y torpe cuerpo, incurriendo con su desvariada lengua en la mas horrible de las faltas... La fe, que le dice que Dios es justo, y que hay otra vida de consuelo y de remuneracion.

Alguna vez el amor hace vibrar las cuerdas de su alma... ¡fugitiva ilusion para el *pobre ciego*!... un instintivo placer todo su ser conmueve; dulce sonrisa asoma á sus enamorados labios... su mente se complace en lo ideal de un ente que corresponda á sus halagüeñas ilusiones... estiendo los brazos para abrazarle... sus nublados ojos se dirigen al objeto amado, que satisface su alma, que llena su corazon, y entonces... solo tinieblas y oscuridad es lo que en su desgracia encuentra, dejándole sumido en el mayor desconsuelo, en el llanto mas desgarrador... ¡corta ilusion fue la suya!... para este desgraciado, el amor es un tormento que dura tanto como su juventud...

II.

«¡Señor, Señor! ¿por qué me privaste de la luz?... ¿No pudiste darme otra desgracia que no me impidiera el verte tras del azul del cielo?... ¿Por qué me niegas el levantar mi noble cabeza humana al alto firmamento, para enviarte mi plegaria de gratitud y de amor?... ¡Oh! yo te adoro, Dios mio, pero tengo que alabarte y suplicar piedad con mi faz inclinada sobre mi pecho, ó en ademán de dirigirla al inmundo suelo... ¡Tampoco tengo el consuelo de adorarte como el mas infeliz de mis semejantes!...

«¿Por qué me diste la fuerza, si privado de la vista que la pone en acertado movimiento, un niño puede burlarse de ella? ¡Mi brazo no puede manejar la noble espada, ni el baston de honor ó de mando!... Hasta el humilde palo, báculo de mi torpeza, no me sirve para nada, porque temblando la mano que le dirige, tam-

bien él tiene que temblar, y arrojarme en un precipicio ó hacerme caer en tierra, arrastrando como reptil inmundo mi cuerpo que tú dijiste ser imagen tuya...

»Para mí no hay claro día, para mí no hay resplandeciente sol... el tiempo corre sin que mi vista pueda marcar la duracion de mi desconsolada vida. Solo sé que pasa, porque hubo época feliz y dichosa que corría como el ciervo en las florestas, y ahora mi cuerpo se encuentra pesado y falto de agilidad... Algunas veces conozco que ha pasado un día, por el silencio que le sigue, las estaciones, por la impresion que ejercen en mi abatido rostro, y un año, porque oigo al pueblo y á los niños que me rodean, alabar tu *Venida* con cánticos de alegría y de sencilla satisfaccion...

»El campo tiene flores, que deben ser muy bellas por la fragancia que siento al descansar en la pradera... ¿por qué, Señor, no me dejas contemplar los encantos de la creacion?... ¿por qué no me permites ver las bellezas de la rica naturaleza estendidas á la sombra de tu mano, y las maravillas del arte que inspiras á otros seres mas afortunados que el *pobre ciego*?... ¡Señor, Señor!... la copa del sufrimiento se agota... ¿por qué me das tan duro tormento?... ¿por qué no te apiadas de mí?... ¡Perdon, Señor!... la cabeza se me arde... yo deliro en tu presencia, y heréticas preguntas te dirije mi desesperada y calenturienta imaginacion... Perdóname, Dios mio, y da á mi corazon la calma que desea desde el día que una venda espesa cayó sobre mis ojos, y que en mi loco desvario quisiera arrancar sin comprender que tú lo has querido, y que tus decretos son incomprensibles y que los debemos acatar...»

(Se continuará.)

MANUEL MARIA GUILLEN.

CANTARES.

¿Por qué cuando te miro
bajas la vista
y encendida te pones
y no me miras?
No tengas miedo,
que si te miro es, niña,
que de amor muero.

Sin saber cuál es su mal,
tengo enfermo el corazon,
tú, niña, podrás curarle
si le concedes tu amor.

Era tan feliz con ella,
que despues que ella se fué,
ninguna bella encontré
comparable con mi bella.

Desde que tuve osadía
para ver mi corazon,
va amenguando mi razon
de mas en mas cada día.

En el cristal de un espejo
vi un día tu imagen bella,
y desde entonces la miro
siempre en el cristal impresa.

MANUEL SECO Y SHELLEY.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.
En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.